

# Acercamiento a la vida y obra pedagógica de Georgina Rafaela Martí Castro

William Mengana Romero

En el proceso de estudio de la nación cubana es significativo el lugar que debemos concederle a la Historia de la Educación, saber identificar el papel de los maestros en la consolidación del sentimiento de identidad nacional. Un elemento esencial en cualquier contexto territorial es la existencia de personalidades educativas que marquen los niveles del conocimiento que adquieren los ciudadanos y su consiguiente impacto social. En consecuencia, y para cumplir con ese noble objetivo se impone la necesaria voluntad gubernamental, el destino de recursos materiales, financieros y humanos y particularmente la formación de maestros y profesores que irradien en las educaciones y sean fuentes de motivación profesional para ejercer el magisterio. Cuba no está ajena a estos trajes humanistas y en los diferentes momentos históricos cubanos dignos se preocuparon y ocuparon por la construcción y funcionamiento de centros escolares. A partir de lo expuesto se pretende escribir y/o sistematizar reseñas sobre personalidades educativas que contribuyan a la identidad y cultura profesional pedagógica, dentro de ellas la profesora Georgina Rafaela Martí Castro.

El contexto histórico cubano de la década del 30 del pasado siglo XX se caracterizó por ser un periodo convulso en la historia nacional. Para esa fecha el pueblo de Cuba, cansado de las atrocidades que desde la inauguración de la República habían cometido los gobiernos de turno, reinició —meses antes del nacimiento de Georgina Rafaela Martí Castro— una nueva etapa de la lucha por la real independencia del país; de modo que cuando el 14 de enero de 1931 ella vio la luz, el país se encontraba en plena efervescencia revolucionaria.

Hija de Rafaela Castro González de origen campesino y de Juan Martí Mafrán, obrero de quienes recibió no solo la educación hogareña, sino también le facilitaron el camino para que accediera a la instrucción.

Desde muy pequeña conoció de las dificultades económicas motivadas por la inseguridad laboral por los constantes cambios de trabajo y el bajo sueldo que el padre recibía y del cual se sustentaban, además de sus abuelos paternos y la tía, quienes compartían el hogar ubicado en la calle Prudencio Martínez no. 62, entre Victoriano Garzón y Escario, Reparto Santa Bárbara.

A pesar de las limitaciones económicas, los padres lograron que Georgina Rafaela cursara los estudios de los dos primeros niveles, es decir, de primero a quinto grado y de sexto a octavo en escuelas públicas de la barriada. Al finalizar el último grado se presentó a los exámenes, con vistas a lograr una plaza para ingresar en la Escuela Normal para Maestros de Oriente (Enmo) que ya se constituía en centro referencial educativo y formativo de la región oriental.

Según testigos de la época la Escuela Normal significó para las familias pobres, una posibilidad de que sus hijos alcanzaran una profesión en una edad temprana de su vida y optar por ella se convertía, además, en la realización de los sueños profesionales y humanistas de muchos de los que aspiraban a ingresar en la misma. Dentro de ellos y específicamente en el año 1945 se encontraba, entre las aspirantes, Georgina Rafaela.

En ese tiempo, para el ingreso a la Escuela Normal los aspirantes debían satisfacer tres requisitos: haber cumplido 14 años, tener una buena actuación y comportamiento moral y un buen estado físico y de salud. A lo anterior se sumaba la realización de los exámenes de ingreso que versaban sobre materias recibidas en el nivel precedente. Resultaban exentos de los exámenes aquellos aspirantes que habían finalizado el bachillerato.

Georgina Martí sufrió una ligera decepción producto a que, en la primera presentación, en el año escrito anteriormente, no logró alcanzar el cupo necesario a pesar de contar con los requisitos y aprobar los exámenes, sin embargo, las plazas ofertadas resultaron insuficientes, aunque en los medios y convocatorias se afirmaban que el ingreso a esa institución estaba abierto a todos los aspirantes que aprobaran. A partir de ello refiere: “Antes había mucha politiquería y muchas plazas eran otorgadas a personas con mejor situación en la sociedad, es decir, mejores posibilidades económicas” (Martí Castro, comunicación personal, 2016).

Ante esta situación y para no mantenerse ociosa, sus padres decidieron sacrificarse y la matricularon en una escuela privada con el objetivo de que actualizara los conocimientos y creara todas las condiciones para

una segunda presentación en la Escuela Normal, que se correspondía con el curso escolar 1946-1947.

A pesar del esfuerzo realizado, tampoco ese año pudo empezar los estudios para maestra motivado por dos causas fundamentales: una fue que en uno de los exámenes cometió un error ortográfico que le hizo perder cinco puntos, según nos planteó: “no olvidaré que fue la palabra país que la escribí sin tilde” (Martí Castro, comunicación personal, 2016). Lo expuesto y argumentado por la pedagoga demuestra el rigor de la escuela para poder matricularse en ella. La segunda causa fue porque nuevamente se ofertaron pocas plazas y no estuvo entre las seleccionadas. A tono y en relación a ella nos refirió:

En ese marco, los estudiantes, que eran muchos, hicieron un movimiento para luchar por el aumento de plazas y por todas las calles pidieron el apoyo del pueblo para la petición de plazas. Para el curso 1947-1948 aumentaron las plazas, no recuerdo la cantidad, pero fueron más. El aumento de plazas se realizó no solo para el ingreso de nuevos estudiantes, sino también se ofertaron vacantes para maestros en diferentes asignaturas distribuidas entre los diferentes años de estudios (Martí Castro, comunicación personal, 2016).

Con mucho entusiasmo y amparada en sus recuerdos rememoró que la diversidad de materia recibida en dicha institución preparaba al estudiante para que, una vez egresado, ejerciera la docencia con decoro, en diferentes grados de lo que en ese momento era catalogado como la enseñanza común, es decir, los primeros cinco grados escolares. Entre las materias recibidas se encontraron: Lenguaje y Composición, Aritmética, Historia Natural, Geografía Física y de Cuba, Historia de Cuba, Anatomía Física e Higiene Psicología Infantil, Instrucción Moral y Física, Didáctica General, entre otras que dotaba al futuro egresado de una plataforma cultural y diversificada.

A partir de sus vivencias nos señala que, en su opinión, la enseñanza de Historia de Cuba, Educación Cívica, unida a la situación del país, constituyeron elementos que contribuyeron, a que, desde esas aulas, emergieran muchos líderes y jóvenes comprometidos con su época que posteriormente descollaron en la lucha por la independencia y con honor explícito ejemplifica con las figuras de Frank País y Pepito Tey.

Georgina Martí permaneció en la institución formadora por un espacio de cuatro cursos, hasta que se graduó en 1951. Al respecto argumenta:

[...] con la ayuda de la familia pude terminar los estudios. Mi tío me regaló el dinero para que me comprara un vestido porque mi mamá, que nunca trabajó en la calle, se dedicaba a coser; pero era especialista en camisas y guayaberas para hombres, también se dedicaba a lavar; entonces el vestido de mi graduación me lo regaló mi tío (Martí Castro, comunicación personal, 2016).

A partir de esa fecha inicia su trayectoria laboral teniendo que enfrentar grandes desafíos sociales y de limitaciones económicas. Para la población cubana ese fue un periodo en el cual se vieron nuevamente frustradas algunas esperanzas de cambio. Por un lado, Eduardo Chibas, líder del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo), que atacaba la corrupción gubernamental existente en el Ministerio de Educación, optó por quitarse la vida ante la imposibilidad de probar la degeneración a la que había llegado la cúpula de poder.

Por otro lado, en 1952, año en el cual debían realizarse elecciones en Cuba, que presagiaban el triunfo de la ortodoxia con su programa de corte nacionalista, la victoria fue escamoteado por el golpe de estado perpetrado por Fulgencio Batista en contubernio con los gobernantes estadounidenses que veían peligrar sus intereses en nuestro país.

El 10 de marzo de 1952 significó el fin de los limitados logros democráticos que el pueblo, tras años de lucha, había alcanzado; representó la derogación de la Constitución del 40 que, para esos momentos, había sido la más adelantada y progresista existente en Cuba, abrió el camino de una dictadura sangrienta y el agravamiento de los problemas del pueblo gobernado por una camarilla totalmente plegada a los intereses de los grandes monopolios norteamericanos y de algunos vende patria cubanos.

A pesar de no militar en ninguna de las organizaciones revolucionarias existentes, Georgina Martí junto a sus padres y otros familiares, condenaron el golpe. Batista no era un desconocido y aseguró que los mayores guardaban en su memoria como había traicionado el movimiento de los soldados y sargentos, el ascenso de Batista en la década del 30 y su papel apoyando a los norteamericanos “para ellos, era claro, que las esperanzas que se habrían tenido con el Partido Ortodoxo, desaparecían con Batista en el poder” (Martí Castro, comunicación personal, 2016).

Hacia 1951, una vez graduada como maestra, Georgina Martí comenzó el ejercicio de la profesión para la cual había estudiado y señala:

Antes no era como ahora que la Revolución les asigna a los graduados una plaza. Para acceder a una era necesario presentarse a exámenes de oposición porque eran muchos los maestros sin escuelas y luego se elaboraba un escalafón con vistas a obtener un aula. Dicho escalafón establecía categorías que sobrepasaban el marco del entonces municipio, ya que era provincial, es decir, para todos los territorios que formaban parte de la antigua provincia de Oriente (Martí Castro, comunicación personal, 2016).

Tras aprobar los ejercicios establecidos, Georgina Martí obtuvo su primer trabajo como maestra sustituta del segundo grado en la escuela no. 35 de esta ciudad. En esta permaneció durante un curso y medio, abarcando los años de 1951-1953. Fue en ese último año que se realizaron los asaltos a los cuarteles Moncada en Santiago de Cuba y Carlos Manuel de Céspedes en Bayamo. Al igual que su familia condenó la masacre que se realizó y comprendió que era necesario cambiar la situación, aunque no se encontraba vinculada a ningún tipo de actividad política, ni ella ni sus padres.

Una vez que terminó con su trabajo en la escuela no. 35 le propusieron, también por oposición, una plaza en una escuela rural. Para ella, que nunca se había separado de su familia, esto resultaba un poco difícil; pero también era una posibilidad de tener trabajo en un momento en el cual, aunque había mucho analfabetismo, también había muchos maestros sin escuelas, situación que había sido denunciada por el Comandante en Jefe en *La Historia me Absolverá*.

La nueva escuela fue la no. 75, se encontraba ubicada en Boca de Peña, barrio Toa, perteneciente a Baracoa. De sus recuerdos rememora:

[...] era un lugar de difícil acceso, para llegar no se podía ir por Baracoa ya que todo eso era monte y sierra, no había transporte, entonces el secretario de Educación dijo que fuera para Guantánamo, de allí para Yateras y por ahí podía ir hacia la escuela, que estaba después del río Toa (Martí Castro, comunicación personal, 2016).

La incorporación a la escuela de Baracoa significó el inicio del ejercicio de la profesión de maestra en diferentes escuelas rurales, entre las que

se encontraron la ya mencionada, así como otras ubicadas en El Cobre y las inmediaciones de Palma Soriano.

Sobre sus recuerdos de la escuela no. 75, se desprende lo efímera de la matrícula inicial. Según explicó las causas por las que la asistencia era pobre se debía a muchos factores. Uno de ellos, porque en el campo los niños se hacían hombres y mujeres desde muy temprana edad; no porque sus cuerpos experimentaran un rápido desarrollo, sino por las obligaciones económicas de supervivencia tenían que asumir: “los varones tenían que ayudar al padre —si existía la figura paterna— y a la familia, y si eran hembras, a la madre en la casa, no existía la costumbre de ir a la escuela; por otro lado la lejanía, pues las casas se encontraban muy separadas unas de otras” (Martí Castro, comunicación personal, 2016).

Sobre lo anterior el Comandante en Jefe expresó: “a las escuelitas públicas del campo asisten descalzos, semidesnudos y desnutridos, menos de la mitad de los niños en edad escolar y muchas veces el maestro quien tiene que adquirir con su propio sueldo el material necesario” (Martí Castro, comunicación personal, 2016).

La realidad que allí encontró Georgina Rafaela Martí Castro, la llevó a trabajar directamente con los padres de muchos de los niños de la zona para lograr su incorporación a la escuela: “con el tiempo se convirtieron en familia, ya que hice un trabajo en la comunidad para que me conocieran, supieran de la existencia de la maestra, y mandaran a sus hijos a la escuelita” (Martí Castro, comunicación personal, 2016).

Como resultado logró el ingreso de varios niños, muchos de los cuales llegaban hasta descalzos. De ese periodo guarda gratos recuerdos; pero, a su vez para ella fue una escuela de conciencia, enseñaba, pero ella también aprendía de los trabajos que pasaban las personas del campo ya que a pesar de que su madre era de origen campesino, ella nunca había estado en un lugar tan intrincado. Reveló que esa estancia le permitió “concientizar las realidades del campo cubano en la década del 50, que la marcaría para toda la vida, e influyeron en la posición ineludible que asumió al triunfo de la Revolución en las nuevas tareas que, desde el magisterio, desempeñó” (Martí Castro, comunicación personal, 2016).

En 1955, viaja a Santiago de Cuba para las vacaciones de diciembre, donde le informaron que por el escalafón le correspondía acercarse a su lugar de residencia, aunque se mantendría trabajando en el campo. En esa ocasión fue la escuela rural no. 67, llamada El Lucero, que pertenecía al barrio Cambute perteneciente a El Cobre y nos expuso: “no es El Co-

bre de ahora, era en plena Sierra Maestra” (Martí Castro, comunicación personal, 2016).

De acuerdo con lo apuntado por el Dr. Geovani Villalón argumenta que el 2 de enero de 1959:

Raúl Castro dicta la Orden Militar a través de la cual se convoca a todos los maestros de Oriente para que iniciaran las clases. El 4 se reunieron los maestros de Santiago de Cuba y acordaron reanudar las clases el 6 de enero, para restablecer la normalidad de la vida social, apoyar la resolución y responder al llamado del jefe de la Revolución al pueblo de incorporarse a las tareas de la Revolución triunfante (Martí Castro, comunicación personal, 2016).

De acuerdo con el testimonio de Georgina Martí, ella se encontró en ese grupo de maestros que, desde los primeros días, dieron el paso al frente. Sobre ese particular expresó que:

[...] desde los primeros días del mes de enero de 1959, se reanudaron las clases, siendo asignada para la escuela que se encontraba en Ramón de Guaninao, perteneciente a El Cobre, pero que, por su ubicación geográfica, se encontraba después de Palma Soriano. Una vez finalizado el curso fui trasladada para una escuela que se encontraba en el Reparto Marimon (Martí Castro, comunicación personal, 2016).

A esa escuela llegó la docente Georgina Martí, con el nombramiento de directora que se le había otorgado en El Cobre. A partir de la fecha, a su labor docente se unió la de dirección. Para lograr la presencia de las maestras, tanto en los horarios diurnos como los nocturnos, decidieron organizar el trabajo, de manera tal las mismas se distribuirían esos horarios, mientras que, a Georgina Martí, en su calidad de directora, le correspondió tener presencia en el lugar en ambas sesiones de clases.

Con ello se garantizaba la asistencia de los niños en la primera etapa y la de los adultos en la segunda, en un momento en que, desde Santiago de Cuba, el entonces Ministro de Educación Armando Hart llamaba a iniciar el movimiento de alfabetización en Oriente.

De esa etapa Georgina Martí guarda con agrado una anécdota:

[...] había un muchacho que era muy fuerte, lo habían expulsado de diferentes colegios y finalmente lo mandaron para Marimon. Recuerdo que se seguía escapando hasta que un día conversé con él y me contó que vivía solo con su abuela y luchaba con lo que podía para tener dinero (Martí Castro, comunicación personal, 2016).

A partir de entonces comenzó a trabajar más con él, sobre todo a conversar para que sintiera la preocupación de alguien y finalizó la anécdota diciendo que:

[...] por esa época se daba el desayuno en la escuela y yo mandaba a que le dieran dos y así ya no tenía razón para salir, como él decía, a luchar. Al terminar las clases lo mandaba en la guagua que yo le pagaba. El muchacho se llamaba Silvio [...]. Mire, ese muchacho al final se graduó (Martí Castro, comunicación personal, 2016).

Una vez finalizado el curso de ese año 1959, en meses de vacaciones Georgina reinició sus estudios de Pedagogía en la Universidad de La Habana: “Gracias a la ayuda que me ofreció Asela de los Santos” (Martí Castro, comunicación personal, 2016), durante los primeros meses de 1960, trabajó en el Departamento de Educación en la escuela Valdés Rodríguez que se encontraba en El Vedado. Esto le permitió cubrir sus gastos en esa ciudad y ayudar a su familia.

En la capital participó en el Censo Laboral que tenía como objetivo depurar las nóminas de maestros, muchas de las cuales estaban alteradas. Esta fue una tarea que realizó orientada por la entonces Directora General del Departamento de Educación de la Administración Municipal, Dra. Asela de los Santos.

Al terminar la carrera de Pedagogía, regresa a Santiago de Cuba y por la Resolución Ministerial no. 1037 del 21 de septiembre de 1959, fue nombrada inspectora técnica del Departamento Municipal de Puerto Padre. La tarea tenía como objetivo controlar la implementación de las transformaciones que en materia educativa se desarrollaban. Allí permaneció por espacio de cuatro meses y medio y finalizó con resultados satisfactorios.

De regreso a su ciudad natal se vio ocupada en otras tareas de la Revolución: una de ellas, la organización de la Federación de Mujeres Cubanas a partir de agosto de 1960, y la otra, un mes después participando activamente en la creación de los Comité de Defensa de la Revolución. En esa época esas dos organizaciones jugaron un papel muy importante para la alfabetización porque permitieron detectar los casos de analfabetos en los barrios, en las cuadras y allí estuvo la maestra, no solo de la instrucción, sino de la Revolución y con el compromiso de fundar almas del bien y de la prosperidad común.

El contexto educativo cubano antes de 1959 demuestra la falta de voluntad política y gubernamental, la carencia de un verdadero sistema educativo inclusivo y el papel de las escuelas y maestros. La profesora Georgina fue una de las personalidades educativas más destacadas en el territorio santiaguero y contribuyó a la formación de disímiles graduados y profesionales universitarios. Su obra evidencia que la educación es un bien común y universal.